

LA MADRE OCÉANO y VIAJE AL MAR

6º-8º

Este cuento narra el milagroso viaje de una gota de agua. Sus descripciones proporcionan una base imaginativa para el estudio del ciclo del agua en los cursos superiores de primaria. Utilicé los nombres de madre Océano, Padre Sol y Hermano Viento para reforzar la idea de que La Gota de Agua es miembro de una familia cósmica. Para crear una sensación de finalización (y de infinitud), terminé la historia haciendo que La Gota de Agua volviera a casa, al punto de partida del viaje.

The musical score is written for two voices in G major (one sharp) and 6/8 time. It consists of two systems of staves. The first system has two staves with lyrics in Spanish. The second system also has two staves with lyrics. The lyrics are: '¡Al mar, al mar, na - ve - gue - mos al mar! ¡Vo - lar, vo - lar, yo qui - sie - ra vo - lar! ¡Al mar, al mar, na - ve - gue - mos al ¡Vo - lar, vo - lar, yo qui - sie - ra vo - 4 ¡Hay que bus - car en el mar li - ber - tad y vo - lun - tad! ¡En li - ber - tad so - bre tie - rra y el mar! ¡En li - ber - tad! mar, bus - que - mos al mar! ¡La li - ber - tad! ¡La vo - lun - lar! ¡Li - ber - tad, vo - lar! ¡En li - ber - tad! ¡En li - ber -

<https://ideaswaldorf.com/al-mar-volar/>

Era otoño, y en el fresco seno de la madre Océano yacía una gota de agua. Sobre ella, la madre Luna brillaba suavemente y las estrellas titilaban alegremente. Debajo de ella, las corrientes del Océano madre se arremolinaban suavemente, llevando La Gota de Agua en su camino. Todo era paz y tranquilidad, pero La Gota de Agua estaba muy despierta, pensando en tierras lejanas cuyas costas nunca había visto. ¿Vería alguna vez el ancho, ancho mundo?

La noche pasó lentamente y el rosado amanecer comenzó a vislumbrarse en el este. Pronto los rayos del padre sol brillaron sobre el océano, calentando las frías aguas.

La brisa matinal se levantó cuando el Hermano Viento sopló enérgicamente sobre el mar, agitando las olas. Una y otra vez, La Gota de Agua se elevaba y volvía a caer. Una ola la lanzó por los aires, y brilló y resplandeció bajo la luz. Volvió a subir, pero esta vez no cayó. ¡Qué ligera se sentía, qué brillante! Subió y subió, llevada por el suave aliento del Hermano Viento. Con ella había muchas otras gotas de agua, hermanas y hermanos, amigos y desconocidos, que se elevaban en una fina niebla sobre la madre Océano.

Debajo de ella, las olas se hacían cada vez más pequeñas, hasta que La Gota de Agua apenas podía ver la superficie ondulada de la madre Océano. Nunca supo cuánto tiempo ni cuán lejos

voló, pero más tarde recordó haber visto costas y valles, llanuras y montañas. Qué alto estaba... ¡y qué frío! Sintiendo que se ponía rígida, La Gota de Agua tembló de miedo. Estaba helada. Se estremeció hacia la izquierda y hacia la derecha. Temblaba hacia arriba y hacia abajo, hacia delante y hacia atrás, pero nada impedía que se congelara.

Mirando a su alrededor, se dio cuenta de que todos sus compañeros también estaban congelados, cada uno en una delicada forma de seis lados. Cada una de sus amigas era diferente, con brazos de encaje o placas atrevidas, pero todas tenían seis lados. Se miró a sí misma. Ella también se había convertido en un copo de nieve. Al acercarse la cima de una montaña, La Gota de Agua sintió que caía, a la deriva, junto con otros incontables copos de nieve. Aterrizó suavemente en la montaña, contenta de volver a descansar. Cubierta y rodeada de sus amigos, La Gota de Agua se sumió en un profundo y feliz sueño.

Pasaron días y semanas, y La Gota de Agua siguió durmiendo en la montaña. Un día se despertó. Ya no tenía frío ni estaba rígida. El Padre Sol la había calentado y su forma de encaje se había derretido. A través de las capas de nieve rezumaba, preguntándose qué habría debajo. Pronto tocó algo; era duro y áspero. Estaba tumbada en la tierra. Se deslizó por un pequeño agujero y exploró los pequeños canales subterráneos. Qué extraños y oscuros eran... ¡y qué hermosos! A su alrededor brillaban las luces del cuarzo y la mica. Aquí y allá había pequeñas motas de polvo de oro. Por todas partes veía delicadas raíces de plantas que absorbían agua para beber.

Se deslizó por otro canal inclinado. Entonces, de repente, La Gota de Agua salió de la ladera de la montaña y corrió por un pequeño arroyo. Estaba bordeado de guijarros diminutos, desgastados por los arroyos de primavera de años pasados. Se precipitó por la ladera de la montaña, a veces riendo de alegría, a veces jadeando de miedo, mientras tomaba brascas y repentinas curvas. Durante semanas descendió por la ladera de la montaña, sintiendo cómo el arroyo crecía bajo sus pies. La corriente rugía alrededor de las rocas, apartándolas de su camino y haciéndolas caer con estrépito. Desgarraba las raíces de los árboles, excavando la tierra con dedos fuertes y ávidos. Nada podía resistirse a su caudal.

Finalmente, La Gota de Agua entró en un río, crecido por las nieves invernales y las lluvias primaverales, pero que circulaba más despacio que el arroyo. Aquí tuvo ocasión de contemplar su entorno: los altos árboles, los fértiles campos de cultivo y, aquí y allá, las casas en cuyos porches jugaban los niños. Una noche pasó bajo un puente y vio las deslumbrantes luces de una ciudad brillando sobre ella.

El río se hizo más lento a medida que se ensanchaba. Durante todo el verano, La Gota de Agua contempló con asombro las vistas que la rodeaban: los remolcadores, las barcazas y los grandes barcos mercantes que transportaban mercancías al puerto. Un día probó un sabor familiar que le recordó su infancia, los días en que se preguntaba si alguna vez vería el ancho mundo.

Era de noche cuando llegó a la desembocadura del río y fue arrastrada mar adentro. Sobre ella, la plateada Madre Luna brillaba suavemente y las estrellas titilaban alegremente. Debajo de ella, las corrientes de la madre Océano se arremolinaban suavemente, arrastrando La Gota de Agua en su camino. Todo era paz y tranquilidad. Estaba de nuevo en casa.

En estas dos historias no se utiliza mucho el antropomorfismo porque pensé que los alumnos se relacionarían fácilmente con los personajes y las situaciones sin retratar sus características humanas de forma demasiado explícita. Sin embargo, los cuentos sobre la naturaleza que tienen un elemento moral o los cuentos pedagógicos se benefician del antropomorfismo, porque las cualidades y comportamientos humanos de los personajes ayudan a los alumnos a relacionarse más fácilmente con las situaciones y los temas.

En 2º los cuentos de Entornos domésticos pueden retratar aspectos concretos del mundo natural y describir procesos y ciclos naturales. Estos cuentos proporcionan una base imaginativa para las clases de geografía y ciencias naturales y físicas de los cursos de primaria intermedia y superior. A los niños de hoy en día se les ha atiborrado de explicaciones y conceptos indigestos, pero siguen siendo receptivos a la representación de la naturaleza con cualidades humanas.

Este cuento retoma el tema de cómo se forma un río a partir de su afluente. Se hace eco de parte del viaje de La Gota de Agua, pero desde el punto de vista del agua que fluye. Para que la historia sea más directa y atractiva, el abuelo río habla en primera persona y sus oyentes le interrumpen con preguntas, como harán los niños. En la primera parte de esta historia, repetía tres veces el estribillo "No", respondía él. Este tipo de repetición aumenta la participación de los niños en la historia porque saben lo que va a pasar (hasta que no lo saben).

Viaje al mar

Érase una vez un río que llegaba hasta el mar. El río tenía muchos hijos y nietos -riachuelos, arroyos y riachuelos que venían de lo alto de las montañas-, así como otros parientes -pequeños ríos que se le unían después de fluir por valles fértiles-.

Un día, uno de los arroyos le dijo:

"Abuelo, cuéntanos tu historia".

"¿Qué quieres saber?", preguntó el abuelo río.

"Bueno, no siempre fuiste tan grande como ahora, ¿verdad?", preguntó el arroyo. "No", respondió él, "en absoluto".

"Y tú no siempre fuiste tan lento como ahora, ¿verdad?", preguntó el arroyo. "No", respondió, "en absoluto. Antes era tan rápido y ágil como tú". "Y no siempre fuiste tan profundo como ahora, ¿verdad?", preguntó un arroyo.

"No", respondió, "en absoluto. Una vez corrí sobre las rocas y los guijarros igual que tú, y me deleitaba haciendo arco iris cuando mi agua volaba alto desde las cascadas."

"¡Cuéntanoslo!", le dijeron. "Cuéntanos tu historia". "De acuerdo", respondió el abuelo Río. "Se lo contaré".

Nací en lo alto de la ladera de la montaña, dijo el abuelo Río, nacido del deshielo del invierno y de las lluvias de primavera. En aquellas noches de finales de invierno hacía frío y a veces me congelaba un poco, pero durante los días cálidos me derretía y seguía corriendo cuesta abajo, siempre cuesta abajo. Mientras corría cuesta abajo, me abría paso por el suelo rocoso, sorteando los peñascos, las piedras y los troncos de los árboles.

Cuando era muy joven, a menudo me secaba en verano. El barro de mi lecho se endurecía y agrietaba, y las criaturas del bosque que solían venir a beber a mis orillas tenían que buscar su

agua en otra parte. Pero en otoño volvía a fluir rápidamente, haciendo mi alegre camino, y cada primavera manaba agua nueva.

Año tras año bajaba más por la montaña, y a medida que crecía y me hacía más largo, llevaba más agua y me estrellaba con más fuerza contra las rocas. A veces las desprendía y caían por mis orillas. Ahora mi corriente arrastraba rocas y guijarros más pequeños río abajo, que limpiaban mi lecho y lo aislaban en algunos lugares.

Con el paso de los años, me hice aún más grande y veloz, y me tomé cada vez más en serio lo de tallar montañas. Ahora estaba decidido a crear un canal grande y profundo para mí, y me abrí paso a través de los suelos rocosos, arrancando árboles a mi paso. Ahora era más ancho, y los ciervos que venían a beber de mis aguas ya no podían saltar sobre mí como antes. Año tras año trabajé y trabajé, hasta que el sendero que hice por la ladera de la montaña se hizo lo bastante ancho como para llamarlo valle.

Ya había recorrido un largo camino y fluía montaña abajo, a través de los valles, hasta las llanuras de abajo. Aunque seguía bajando a toda velocidad por la ladera de la montaña, al llegar a las llanuras disminuí la velocidad. Tenía que conservar mis fuerzas para el largo viaje hasta el mar, y llevaba tanta agua que no podía moverme tan deprisa. Todos los días pensaba en la madre Océano y me moría de ganas de que llegara el día de conocerla".

¿De dónde salió toda el agua que recogiste?, preguntó un arroyo.

Ah, ésa es la alegría, dijo el abuelo Río. Incluso cuando era joven, sólo un poco mayor que ustedes, empecé a juntarme con mis hermanos y hermanas que también fluían por la ladera de la montaña. Siempre era una ocasión feliz cuando nos encontrábamos más abajo y fluíamos juntos. Año tras año, más y más parientes se unieron a mí y a mis hermanos y hermanas en nuestro camino. Llamamos a esos parientes mis afluentes, y ciertamente me parece que todos ellos rinden tributo a sus padres con el agua que dan.

¿Y han llegado al mar?, preguntó un arroyo.

Oh, sí, dijo el abuelo Río. Aún recuerdo lo feliz que me sentí cuando vi a la madre Océano extendiendo sus vastos alcances ante mí. Cuando me uní a ella, sentí que había vuelto a casa, a la fuente de todo ser. En aquel hogar no me quedaba nada por hacer, sólo descansar y alegrarme por todo lo que había visto y hecho durante los largos años de mi vida. Y me alegré de que seguiría fluyendo hacia mi madre para siempre.

Gracias, abuelo, por contarnos tu historia, dijeron los arroyos.

¡Sí, gracias, abuelo!, dijeron los arroyos.

De nada, dijo el abuelo río. Y espero que algún día tengan hijos y nietos propios y, quién sabe, tal vez os pidan que les cuenten esta historia.